

Gracias, gracias y mil veces gracias Andrés

Fernando Gómez Rovira

Actor

El martes 22 de octubre de 1996, me subí al tren de Andrés Pérez Araya. Un tren lleno de colores y poesías, donde todo era teatro. Ese día, empezaba un largo taller de audición para la obra *Tomás*, de Malucha Pinto. Ese día fue, para mí, el comienzo de una gran aventura teatral, y por sobre todo, el primer día de un largo periodo de aprendizaje cerca de un maestro como lo fue Andrés.

Este viaje empezó con *Tomás*, luego vino *Madame de Sade* de Yukio Mishima, después la invitación a participar del remontaje de *Popol Vuh*. Ese mismo año montamos *Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasado?*, de Cristián Soto. De ahí Andrés nos invitó a ser parte de su reencuentro con el teatro callejero con *Visitando el Principito*, adaptación en torno a la obra de Antoine de Saint Exupéry, para finalmente trabajar en el que sería su último montaje, *La huida*, de su autoría.

En esta última obra, participé del montaje, de su estreno y de sólo una semana de cartelera. El domingo 11 de febrero de 2001, dejé el *Gran Circo Teatro* y puse término a casi cinco años de colaboración junto a Andrés. Fueron seis obras, seis montajes, seis largos periodos de investigación y creación, muchas funciones y gi-

ras. Estuve prácticamente cinco años en el tren de Andrés, cinco años que me marcaron para siempre como actor y también como persona.

Quisiera dedicar este artículo a todos los actores y actrices que soñaron, viajaron y se emocionaron con el teatro de Andrés Pérez pero que nunca trabajaron con él. Quisiera compartir con esas personas parte de lo que fue mi aprendizaje como actor. Como si, de alguna manera, en nombre de Andrés, dejara a la vista algunos de sus trucos y métodos para que, el que quiera, pueda hacer uso de ellos. Para que algunas de sus recetas y creencias no se pierdan ni se olviden nunca.

Cada montaje era una aventura nueva, particular y especial. Pero, a la vez, siempre hubo una sola y gran manera de hacer teatro. Podría contar tantas anécdotas, pero por sobre todo, voy a compartir cuatro elementos claves, vistos desde adentro, que caracterizaban el teatro de Andrés Pérez.



Fernando Gómez-Rovira como Nemesio en *Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasado?* de Cristián Soto. Dirección: Andrés Pérez, 1999.

Lo primero era que Andrés creía mucho en el actor-obrero. En el actor no sólo preocupado de su personaje, de su texto y de su utilería, sino también en el actor atento a las labores domésticas del teatro, como eran el aseo de los camarines, barrer la sala o hacer los baños. También estaban las labores de tramoyas. Era para mí una gran lección de simpleza y humildad ver a Andrés en cuatro patas hacer el aseo del camarín cuando actuábamos juntos en el *Madame de Sade*. Era también un ejercicio

excelente para el famoso ego del actor. Chao con ser la estrella del cuento. Arriba del escenario, uno juega y se la cree. Abajo, todos a ordenar y a desmontar.

Ese espíritu y esa energía de gru-

po, todos ayudando, era algo maravilloso, que de alguna manera después se veía reflejado arriba del escenario. Allí comenzaba a ocurrir el

teatro de Andrés. Esa famosa fiesta del teatro, de la que todos hablan. Todos ayudando a inflar globos y a colgar serpentinas. Con esa energía esperábamos ansiosamente al público. Como cuando se organizan esas fiestas sorpresas y que, al llegar el cumpleaños, todos juntos gritan: ¡Sorpresa!!! Eso éramos, todo el grupo listo para sorprender al público. No sólo habíamos repasado el texto sino que acomodado las sillas de la mejor manera para que el público estuviera cómodo.

En segundo lugar yo recordaría el trabajo del texto. Él no inventó este método, pero sí fue un fiel sucesor de lo que aprendió junto a Ariane Mnouchkine en el Théâtre du Soleil. Era una manera muy particular de acercarse al texto para finalmente hacerlo carne.

Andrés nos prohibía que nos aprendiéramos el texto así, de un día para otro. Era el gran cuidado por que este no fuera mecanizado y finalmente mortalizado. Nos invitaba, sin embargo, a tener el texto en mano y a leerlo cada vez que fuéramos a decirlo. Cada vez que fuera necesario. Como el músico que nunca suelta la partitura durante los ensayos. Para Andrés, esa era la manera más viva de descubrir el cómo decir el texto. Vivir la situación, ese presente, para luego leerlo y decirlo. En esa perpetua búsqueda de la verdad, de esta forma, el texto terminaba entrando por osmosis y, después de miles de posibilidades, uno finalmente se casaba con la forma más convincente de decir cada palabra.

En tercer lugar Andrés nos hacía trabajar lo más alejadamente de cualquier espíritu competitivo. Eramos



Gala Fernández y Fernando Gómez-Rovira en *Nefesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao?* de Cristián Soto. Dirección: Andrés Pérez. Compañía Gran Circo Teatro, 1999.

todos juntos, laborando para la misma causa, para contar una misma historia. En los ensayos, siempre reinaba un aire de creación, de quien más proponía por el bien de la obra, pero nunca para celebrar ese actor y convertirlo en el mejor. Todos éramos el mejor en un determinado momento, pero eso no importaba. Lo que sí interesaba era la obra y para dónde iba. Nos hacía entender que, como director, necesitaba a cada uno de nosotros, no al mejor. Al carajo el mejor. Sí al buen tripulante, trabajador y constante.

Su forma de trabajo para el descubrimiento de las escenas era *¡increíble!* Luego de un arduo trabajo colectivo de mesa, venían los ensayos. Ahí, él nos pedía que nos juntáramos sin él, y nos pusieramos de acuerdo sobre la escena que fuéramos a ver. Nos invitaba a hacernos todas las preguntas y a buscar todas las respuestas que planteaba la es-

cena. Escena que cualquiera podía proponer. La presentábamos y recién ahí él guiaba y dirigía. Por eso, sus actores eran tan libres al crear. Porque Andrés trabajaba con ellos sólo una vez que los actores propusieran algo. Todo lo contrario del actor marioneta, que hace exactamente lo que el director le indica, sin antes haber pasado por un descubrimiento personal. En ese sentido, Andrés era extremadamente exigente. Uno tenía que estar muy alerta y despierto; nos sentaba a todos cerca del escenario cuando otros actuaban o improvisaban, y en cualquier momento, uno tenía que saltar y sumarse a lo que ahí estaba ocurriendo. Eran ensayos agotadores, pero increíblemente entretenidos.

En este cuarto y último punto, yo recordaría cómo Andrés nos hacía probar a todos o casi todos los personajes de la obra. No éramos noso-



Fotografía: Julio Astudillo.

Fernando Gómez-Rovira recibe indicaciones del director Andrés Pérez en un ensayo de **Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasado?** de Cristián Soto, 1999.

tros los que elegíamos al personaje sino el personaje el que nos elegía. Puede sonar un poco esotérico, pero era tan evidente cuando aquello ocurría. Andrés nos decía que él no decidía nada, sino que era el teatro que hablaba por sí solo. Lo que sí yo señalaría es que no todos los directores saben escuchar esa voz, o la voz de los dioses del teatro, de los que tanto nos hablaba.

El teatro chileno siempre recordará a Andrés Pérez Araya. Ahora, está en nosotros, en seguir haciendo teatro y en aplicar estos maravillosos métodos de trabajo.

A modo de carta abierta, Andrés, te digo gracias, gracias y mil veces gracias por toda tu generosidad, tu entrega, tu maestría y tu genialidad.

Te echo mucho de menos, me imagino que te habrás encontrado con los dioses del teatro. Seguramente te estaban esperando. Cuidalos, nosotros aquí seguimos gritando bien fuerte:

¡VIVA EL TEATRO... VIVA!!! ●



El actor Fernando Gómez Rovira y el director Andrés Pérez en **Visitando el Principito**, dirección de Andrés Pérez. Plaza de Armas, Santiago de Chile, 2000.